

su cabeza, —poseo dos brazos robustos aun, y un valor que nunca ha retrocedido ante ningun peligro por grande que fuera. —En seguida añadió con humildad como avergonzado de lo que de decir acababa: —Seré el servidor del último de vuestros servidores.

—Tu nombre?

—Hoy no tengo mas nombre que *la espiacion*.

—Está pues cargada de un crimen tu conciencia?

—De un crimen! oh! si no estuvira cargada mas que de uno! Pero he cometido tantos y tan grandes, que necesito creer en todo lo infinito de la misericordia de Dios para no desesperar de mi salvacion.

—Vamos, está visto, ese hombre es un loco —dijo el capitán volviéndole la espalda.

—Ó un santo varon, —esclamó un anciano marinero descubriéndose con respeto, no ante su gefé, sino ante el mendigo.

—Calla! tú crees, Cristobal.....

—Creo que el Mediterráneo tranquilo y dulce hoy como un ángel del buen Dios puede presentarse quizá mañana maligno como un diablo, y creo que los santos varones nunca están de sobra en ninguna parte, particularmente entre un cielo que truena, un viento que silva y un mar que brama.

—Verdad es, —dijeron los otros marineros. —Cristobal tiene razon. Quien sabe si sus rezos.....

—Yo un santo varon! —esclamó el mendigo inclinando humilde su frente.

—No le creais, hermanos mios; soy por el contrario el mas grande de los pecadores.

—No importa, —replicó el capitán. —Tú quieres partir, no es verdad?... Pues bien, aguardanos aquí, vamos á nuestros negocios y volvemos en seguida.

—Oh! gracias, gracias! y que las bendiciones de un Dios misericordioso caigan sobre vuestra frente! —esclamó el mendigo prosternándose á sus piés que besó fervorosamente.

Dos horas no habian aun transcurrido cuando volvieron á comparecer el capitán y sus marineros.

—Síguenos! dijo el capitán al mendigo.

El mendigo les siguió.

Todos cinco entraron en la lancha que se hizo mar adentro, en dirección al buque que se mecía inquieto, impaciente quizá de romper sus cables y de lanzarse al espacio favorecido por la hermosa brisa que soplaba.

IV.

LA SOMBRA DEL PROFETA.

Tres dias transcurrieron, y, favorecida por el tiempo, la tripulacion durante ellos no tuvo otra cosa que hacer sino cruzarse de brazos y abandonarse al viento que hinchaba las velas del buque y le impelia sin esfuerzo ni sacudimiento hácia el término que alcanzar se proponia.

El mendigo habia pasado en oracion esos tres dias.

La tarde del cuarto estaba de rodillas sobre el puente.

—Dios mio! Dios mio! —se decia confesándose en voz baja, —me perdonais? Grande es vuestra misericordia, pero son tan grandes mis pecados!

«Hallé á una muger en mi camino, hermosa como una idea de amor, que cifraba en ella sola la gloria de su esposo y la dicha de sus hijos; yo seduje á esa muger, la abandoné en seguida y murió de su deshonra y mi abandono.

«Una jóven bella y casta como esa muger, que hacia la alegría y el orgullo de su familia, respondió á mis sonrisas con sonrisas, á mis caricias con caricias..... y la mató su padre.

«Otra jóven, bella y casta tambien, se fió en mis palabras, creyó en mis promesas..... y asesinó en un duelo á su hermano!

«Señor, Señor, ya lo veis, grandes son mis pecados. Me perdonais, Dios mio?»

Entónces le pareció oír una voz que venia desde lo alto y que le decia.

—Consuélate, y espera si te arrepientes, porque Dios ha dicho: Mas cerca de mí se sentará en el cielo quien del fondo de su corazon se haya arrepentido, que aquel que jamás haya violado mis preceptos.

A esta voz, le pareció al mendigo ver cruzar por delante de sus ojos,

rauda como un metéoro, una figura luminosa, y se inclinó hasta tocar con la frente al suelo, acabando su confesion en voz baja y rezando.

Bien pronto apareció una nube en el oriente, negra en el centro, con una franja parduzca en sus orillas, y á la estremidad de sus orillas de un oscuro color de cobrè.

—Se prepara una ráfaga, — exclamó el viejo Cristóbal.

—Cargad las bonetas y gavias, — gritó el capitan.

Empezó á caer la lluvia, una lluvia de huracan; la mar comenzó tambien á mujir y á hincharse. Un rayo brotó de pronto de la nube seguido de un terrible trueno.

—Es una tempestad, — dijo el viejo Cristóbal.

—Cargad todas las velas, respondió el capitan.

—Santa Madre de Dios, intercede por nosotros! — exclamó toda la tripulacion cargando las velas.

Redobló la lluvia su violencia y el mar su furia; un segundo trueno resonó y, sacudido sobre el abismo como una cáscara de nuez, el buque giró sobre sí mismo, pronto á zozobrar á cada minuto bajo el esfuerzo de las olas y los vientos.

El mendigo, la frente en el suelo, continuaba rezando.

—Santo varon, — le dijo el anciano Cristóbal acercándosele, — allá abajo en el país donde he nacido, tengo hijos que no cuentan con mas pan que el que yo les gano.

—Santo varon—le dijo otro, — allá abajo tengo una esposa á quien amo y que me ama.

—Santo varon, — exclamó un tercero con lágrimas en los ojos, — allá abajo tengo una anciana madre que morirá si yo muero.

—Dios es justo, Dios es grande, Dios sabe lo que hace, — respondió el mendigo.

—Santo varon, rogad por nosotros! — exclamó toda la tripulacion unánime.

—Ya ruego, hermanos míos, ya ruego, pero lleno como estoy de iniquidades, se dignará Dios oír mis súplicas?

Dios oyó sus súplicas.

El viento cesó de mujir como por encanto, la mar se apaciguó y el cielo estinguió sus rayos y sus truenos.

Todos los corazones renacieron á la esperanza.

—Y bien, capitan, dijo el viejo Cristóbal, que os decia yo?

En seguida, volviéndose hácia el mendigo:

—Y vos, santo varon, — añadió, — que habeis intercedido por nosotros cerca del Señor, gracias, mil veces gracias!

—Dios es justo, hermano, Dios es grande, Dios sabe lo que hace, — respondió el mendigo que con nuevo fervor entonó al Señor en su alma un cántico de acción de gracias.

El buen tiempo había vuelto y desde entonces, constantemente feliz la travesía, pasóse para la tripulación durmiendo, cantando, bebiendo y no haciendo nada; para el mendigo, ayunando, rozando, acordándose y esperando.

Anclaron en la rada de una ciudad de la costa de Siria, de Sour, la antigua Tiro. Una lancha depositó al mendigo en la playa. Marchó largo tiempo, á través de un país desconocido, en medio de una población enemiga del nombre cristiano, insultado, escupido, apaleado, amenazado de muerte cada día, á cada hora, pero perdonando, rezando siempre, lleno de confianza en la infinita misericordia de Dios, apagando su sed en el agua de los torrentes y de las fuentes, viviendo de raíces, y como los hebreos en el desierto por la columna de fuego, dirigida siempre su marcha por una figura luminosa, visible para él solo y cerniéndose ante él sobre sus alas de oro desplegadas en el azul del firmamento.

Esta figura se perdió de pronto en el espacio.

El mendigo se detuvo.

Estaba postrado de fatiga, pero una celeste alegría inundaba su corazón.

El sitio donde, para descansar un instante sus miembros fatigados, depositó su alforja y su bastón, le recordó el país en que su padre había muerto bendiciéndole, en que su madre le había tantas veces dormido en su regazo acariciándole con uno de esos cantos monótonos y dulces cuyo recuerdo sigue al hombre desde la cuna al sepulcro. Algunas lágrimas rodaron entonces por sus mejillas pálidas y enflaquecidas, pero no tardó en empuñarlo pronto, avergonzado de su debilidad.

No era ya de este mundo.

Hallábase en la cumbre de una montaña desolada, pelada, sinuosa, quemada por el sol, despojada por los vientos, que descendía de cumbre en colina, de cima en cima hasta la ladera de un valle despojado en setebres y bañado por las aguas cristalinas de un arroyo que en su lecho de cascadas, caídas de las montañas así y así, entremezcladas con una verdura escasa, algunos grupos de olivos sin savia y medio disecados, algunos brotales, algunos cedros y algunos árboles de la Jurea, de largos racimos amarillentos y caídos como ramas de llorones sauces. Contempló por espacio de algunos instantes ese paisaje árido y desolado. En la fiebre de penitencia que le devoraba, una le halló demá-



Dirigida su marcha una figura luminosa, visible para él solo.

—Dios es justo, hermano, Dios es grande, Dios sabe lo que hace, — respondió el mendigo que con nuevo fervor entonó al Señor en su alma un cántico de acción de gracias.

El buen tiempo había vuelto y desde entonces, constantemente feliz la travesía, pasóse para la tripulación durmiendo, cantando, bebiendo y no haciendo nada; para el mendigo, ayunando, rezando, acordándose y esperando.

Anclaron en la rada de una ciudad de la costa de Siria, de Sour, la antigua Tiro. Una lancha depositó al mendigo en la playa. Marchó largo tiempo, á través de un país desconocido, en medio de una población enemiga del nombre cristiano, insultado, escupido, apaleado, amenazado de muerte cada día, á cada hora, pero perdonando, rezando siempre, lleno de confianza en la infinita misericordia de Dios, apagando su sed en el agua de los torrentes y de las fuentes, viviendo de raíces, y como los hebreos en el desierto por la columna de fuego, dirigida siempre su marcha por una figura luminosa, visible para él solo y cerniéndose ante él sobre sus alas de oro desplegadas en el azul del firmamento.

Esta figura se perdió de pronto en el espacio.

El mendigo se detuvo.

Estaba prostrado de fatiga, pero una celeste alegría inundaba su corazón.

El sitio donde, para descansar un instante sus miembros fatigados, depositó su alforja y su bastón, le recordó el país en que su padre había muerto bendiciéndole, en que su madre le había tantas veces dormido en su regazo meciéndole con uno de esos cantos monótonos y dulces cuyo recuerdo sigue al hombre desde la cuna al sepulcro. Algunas lágrimas rodaron entonces por sus mejillas pálidas y enflaquecidas, pero no tardó en enjugarlas pronto, avergonzado de su debilidad.

No era ya de este mundo.

Hallábase en la cumbre de una montaña desnuda, pelada, sinuosa, quemada por el sol, despojada por los vientos, que descendía de colina en colina, de cima en cima hasta la ladera de un valle despojado de árboles y bañado por las aguas claras, pero sin profundidad, de un arroyo medio agotado en su lecho de casquijo y musgo. Encima de él se elevaban acá y acullá entremezclados con una verdura macilenta y descolorida, algunos grupos de olivos sin sávia y medio disecados, algunos plátanos, algunos sicomoros, algunos cedros y algunos árboles de la Judea, de largos racimos amarillentos y caídos como ramas de llorones sauces. Contempló por espacio de algunos instantes ese paisaje árido y desolado. En la fiebre de penitencia que le devoraba, aun le halló dema-



Dios es justo, hermano, Dios es grande, Dios sabe lo que hace, — respondió el mendigo que con nuevo fervor entonó al Señor en su alma un cántico de acción de gracias.

siado lujoso para la espiacion de sus faltas, para la redencion de sus crímenes.

Se hallaba en el monte Carmelo.

Á un centenar de pasos tras de él; yacian esparramados por tierra algunos lienzos de muro y algunos pilares que habian quedado en pié, restos de un vasto edificio que fuera con el tiempo, segun en el país se decia, un vasto monasterio. Cerca de allí, en el espesor de una roca ennegrecida por los años, abríase, tapizada de una amarillenta maleza, la boca de una profunda caverna, que, siguiendo la tradicion, habia sido largo tiempo habitada por el profeta Elías con su querido discípulo Eliseo.

Aquella caverna era la misma que habia ido á buscar, aquella la caverna que servirle debia en adelante de morada.

Qué celeste inspiracion le habia conducido á través de los mares hácia ese lugar del que jamás habia oído hablar en medio de las saturnales de su licenciosa vida? Cuya era esa figura luminosa que desde su desembarco en las costas de Siria se habia constantemente cernido ante él en el espacio para encaminarle al fin tan ardientemente solicitado por su arrepentimiento?

Algunos dias despues de su último duelo, una noche que se volvia y revolvía en su lecho, sin que humano el sueño bajara á cerrar sus párpados, y que se golpeaba con contricion el pecho acusándose, con voz entrecortada por los sollozos, de la muerte de aquel jóven y valiente caballero cuya hermana habia deshonrado, de aquel galan hidalgo que habia sido su amigo y á quien tan sin piedad habia asesinado: una mano apartó dulcemente el cortinaje de su cama, y un hombre, que parecia no pertenecer á la tierra, tal era la majestad y serenidad de su rostro, se presentó á su vista. Una flotante y ancha túnica le cubria; una luenga barba, blanca como la nieve, caía sobre su pecho. Su cabeza calva y desnuda, veíase rodeada de un círculo de luz.

Asombrado, el criminal habia retrocedido en su lecho; pero, inclinándose hácia él su cabeza venerable, el hombre le dijo con voz dulce como un cántico divino:

— Llegado es el dia, hijo mio, llegado es el instante en que la gracia debe descender á tu corazon y purificarle. Allí abajo, hijo mio, cerca de la tierra tres veces santa y bendita, donde el Cristo ha muerto por nuestros pecados en la cruz, hay una gruta donde yo por largo tiempo he ayunado, rezado y vivido en el temor y en el amor de Dios. Allí es donde debes ir tú á sufrir por la espiacion de tus faltas; allí donde debes ir á dormir tu postrer sueño para despertarte en la beatitud eterna. Parte; yo seré tu guia!

Y pronunciadas estas palabras, habia desaparecido súbitamente.

Al siguiente dia, el criminal hacia donacion de todos sus palacios, de todos sus castillos, de todos sus dominios, de todos sus tesoros á los pobres, á las iglesias, á los conventos de su tierra natal y se ponía en camino.

Fiel á su promesa, el profeta Elías le sirvió de guia; porque la radiante figura que habia apercibido en el cielo, era la suya.

Sucedieron los dias á los dias, los meses á los meses, sin que nuestro solitario tuviera comunicacion con otro que con Dios, cuya misericordia no se cansaba jamás de implorar y cuyo santo nombre no se cansaba tampoco jamás de bendecir.

Una tarde, á la hora en que el sol se apagaba en occidente, estaba de rodillas á la entrada de la caverna y rezaba, fijos los ojos en las nubes de púrpura y oro que tachonaban brillantemente el horizonte.

Dos hombres comparecieron de pronto á alguna distancia, le vieron, se miraron uno á otro cambiando en voz baja algunas palabras, desnudaron sus alfanjes y se dirijieron hácia él.

Eran dos merodeadores sarracenos.

El anacoreta les vió, pero no interrumpió su rezo.

Precipitáronse sobre él para matarle.

Inclinó la cabeza con resignacion sublime, pero sus manos permanecieron plegadas y no dejó de orar.

Los sarracenos se detuvieron estupefactos, miráronse aun como para comunicarse sus impresiones; cambiaron de nuevo en su idioma algunas palabras; volvieron sus alfanjes á la vaina, sacaron de sus sacos de piel de camello pendientes de su cinto, aceitunas, dátiles é higos secos, y en seguida, inclinándose con un profundo respeto, como lo hubieran hecho ante un descendiente del Profeta, lo depositaron todo á sus piés.

El santo varon les dió gracias con un movimiento de cabeza; luego, haciéndoles seña con la mano de que no podia tocar su ofrenda, les mostró con la otra unas raices, su único alimento desde que habia roto con el mundo.

Contempláronle los sarracenos un momento con religiosa admiracion, volviéronse á inclinar de nuevo profundamente y prosiguieron su camino murmurando: Dios es grande!

Contada por ellos esta estraña aventura, dió no poco que hablar en todos los alrededores.

Bien pronto, un hombre, un gran pecador tambien, corrió á presentarse al solitario pidiéndole permiso para partir su vida y su penitencia.

Ese hombre fué, con algun intervalo, seguido de otros dos que el anacoreta acogió con la misma dulzura de palabra y bondad de corazón.

Al cabo de un año diez hermanos se habian agrupado bajo su disciplina.

Por su orden construyéronse diez celdas con los restos del destruido monasterio y se establecieron en ellas.

Finalmente, despues de seis años de mortificacion continua, el santo varon sintió acercarse la hora en que la muerte iba á romper los lazos de carne que mantenian su alma cautiva, y regocijóse á esa idea.

Entonces llamó á Ramiro, uno de sus solitarios compañeros, y le manifestó sus deseos, su postrer voluntad, que Ramiro prometió cumplir.

En efecto, todo se hizo segun él dispuso.

Se le acostó en un lecho de ceniza, rodearon su frente de una corona de espinas en memoria de los sufrimientos del Redentor; colocóse sobre su pecho, entre sus manos plegadas, una cruz de madera, y los diez anacoretas de rodillas en torno á su lecho de muerte, empezaron á recitar en voz baja y entre sollozos las preces de los agonizantes.

Cuando concluyeron, habia un justo mas en el cielo y un santo menos en la tierra.

La espiacion era completa.

Y ahora, si por acaso os ha llamado la atencion el nombre de Ramiro al hablar del cenobita que oyó las últimas voluntades del antiguo mendigo nos apresuraremos á deciros que, en efecto, como su nombre os lo habrá permitido sospechar, Ramiro era español; hijo á lo menos del país que cuenta reinos por provincias.

En espiacion de qué crimen ó en cumplimiento de qué voto habia Ramiro abandonado su encantadora patria, para ir á habitar, pobre penitente, una de las rocas del Carmelo?....

Esto es lo que luego os diremos, si os place oír una peregrina y caballescá historia de amores como nos lo cuentan á cada paso nuestras crónicas españolas.

Entretanto prosigamos nuestra relacion. No tardaremos en llegar á la historia, y despues de ella al *Desierto de las palmas*, del que bastante nos vamos alejando por cierto.

V.

LOS CARMELITAS.

SEGUN dice un autor, podriáanse muy bien comparar ciertas instituciones religiosas á esos rios cuyos manantiales han quedado desconocidos. Resto inagotable de conjeturas, su origen jamás se acabaria de poner en claro.

Algunos autores, y esta es al parecer la opinion mas apreciada, hacen descender los Carmelitas de los profetas Elías y Eliseo, de quienes el Carmelo, montaña de Fenicia, fué, durante largos años de persecucion, el retiro y el refugio.

Otros hay que les señalan por fundador al mismo Jesucristo.

Otros en fin discuten largamente dando acopio de razones para designarles otros orígenes.

Estas diversas opiniones produjeron en el último siglo una encarnizada guerra de volúmenes *in folio* entre los Jesuitas y Carmelitas, guerra que llegó á ensañarse tanto, que el papa hubo de prohibir á los combatientes que siguieran en esta cuestion cuya solucion fué dejada para mas adelante, para mas pacíficos tiempos.

Si nosotros hemos tomado por guia, en medio de ese dédalo de suposiciones, al monje griego Focas, contemporáneo de los hechos que acabamos de transcribir, y al escritor francés Luis Lurine, que segun lo hemos referido nosotros lo refiere, es porque su relacion nos ha parecido reunir todos los caracteres de la verdad. Solo debemos hacer una reserva: ese opulento señor calabrés, impelido de pronto hácia Dios despues de grandes desórdenes de una vida del todo mundana, Focas nos lo presenta menos como el fundador que como el restaurador de la orden de los Carmelitas. Ahora bien,